

ESTUDIOS

Docencia, investigación y gestión en una universidad: claves ignacianas

Enrique Sanz Giménez–Rico S. I.¹

Resumen: El texto responde a la exposición en las Jornadas de formación de UNIJES sobre identidad y misión en los centros e instituciones universitarias de la Compañía de Jesús en España. En tres bloques se presentan las características de la espiritualidad ignaciana para desarrollar el sustantivo Universidad desde las claves que le aporta el adjetivo “jesuita”, interpretadas a través de la vida de Ignacio de Loyola y del paradigma Ledesma–Kolvenbach, especialmente desde los textos del padre Kolvenbach dirigidos a los centros universitarios jesuitas. En primer lugar, el discernimiento al que están llamados docentes, investigadores y todo el personal de la universidad. En segundo lugar, la dinámica de movimiento entre el centro y la periferia que estuvo presente en toda la vida de Ignacio de Loyola. Y en tercer lugar, las reglas para sentir con la Iglesia como clave para vivir el binomio subjetividad–institución.

Palabras clave: *Compañía de Jesús, identidad y misión, paradigma Ledesma–Kolvenbach, universidad, UNIJES.*

Fecha de recepción: 11 de noviembre de 2016.

Fecha de admisión: 14 de marzo de 2017.

Teaching, research and management in a university: Ignatian keys

Abstract: The text is the explanation in the conferences of UNIJES’s formation on identity and mission in the centers and

L’enseignement, la recherche et la gestion dans une université: les clés ignatiennes

Résumé: Le texte répond à l’exposition dans les Journées de formation d’UNIJES sur l’identité et la mission aux centres et les

¹ Universidad Pontificia Comillas.

university institutions of Jesus' Company in Spain. In three times the author presents the characteristics of the ignatian spirituality to develop the noun university from the keys that him there contributes the adjective "Jesuit", interpreted across the life of Ignacio de Loyola and of the paradigm Ledesma-Kolvenbach, specially from the texts of the father Kolvenbach to the university and others centers Jesuits. First, the discernment to which it are called teachers, investigators and the whole personnel of the university. Secondly, the dynamics of movement between the center and the periphery that was present in the whole Ignacio de Loyola's life. And thirdly, the rules to feel with the Church as key to live through the binomial subjectivity – institution.

Keywords: *Society of Jesus, identity and mission, Ledesma–Kolvenbach paradigm, university, UNIJES.*

institutions universitaires de la Compagnie de Jesús en Espagne. Dans trois blocs l'auteur présente les caractéristiques de la spiritualité ignatienne pour développer le substantif l'Université d'après les clés que l'adjectif «jésuite» lui apporte, interprétées à travers de la vie d'Ignace de Loyola et du paradigme Ledesma–Kolvenbach, spécialement des textes du père Kolvenbach dirigés aux centres universitaires des jésuites. En premier lieu, le discernement auquel ils sont nommés enseignants, investigateurs et tout le personnel de l'université. En deuxième lieu, la dynamique du mouvement entre le centre et la périphérie qui a été présente dans toute la vie d'Ignace de Loyola. Et en troisième lieu, les règles pour sentir avec l'Église comme clé pour vivre le binôme subjectivité – institution.

Mots clé: *Compagnie de Jésus, identité et mission, paradigme Ledesma–Kolvenbach, université, UNIJES.*

Quien conoce suficientemente el Libro de los Ejercicios de San Ignacio (Ej) sabe que es muy habitual encontrar el esquema «preámbulos y puntos» en las distintas meditaciones o contemplaciones que propone el santo azpeitiano a quien quiere

preparar y disponer su ánima para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida para la salud del ánima (Ej, 1).

Un esquema que nos sirve de referencia para acercarnos al tema que titula estas páginas, que están organizadas en torno a dos preámbulos y tres puntos principales.

Primer preámbulo. Los docentes, investigadores y gestores de los centros universitarios de UNIJES son personas

únicas, irrepitibles, distintas, necesitadas de encontrar su propio horizonte y sus particulares talentos dentro de sus límites, pues no son omnipotentes, infinitos, absurdamente perfectos, sino frágiles, maniáticos a veces con sus resistencias y capacidades².

² J. M. RODRÍGUEZ OLAIZOLA (2006) *Ignacio de Loyola, nunca solo*, Madrid, 250.

Son personas, en las que, así lo diría el propio Ignacio de Loyola desde su visión cristiana del ser humano, una visión en la que la trascendencia no es accidental sino constitutiva,

se mezclan la gracia de Dios con la maldad y la ignorancia humanas, de ambiguo corazón, que, sin embargo, quieren superar el estado de alienación en que les sumen la ignorancia y la culpa y vivir centrados en Dios con un corazón unificado y no fraccionado;

personas en las que

se da un debate continuo entre su autoafirmación y su autotranscendencia, entre su libertad y su alienación³.

Segundo preámbulo⁴. Son estos docentes, investigadores y gestores únicos e irrepetibles, ambiguos y frágiles los que juegan un papel destacado y decisivo en las universidades o instituciones universitarias jesuitas. Estas son en primer lugar, recuérdese la Carta Magna de las Universidades Europeas de 1988 (Bolonia) y su equivalente católica *Ex corde Ecclesiae*⁵, universidades, es decir, instituciones que buscan con serenidad y apertura la verdad a través de la enseñanza, la investigación y el servicio a la sociedad. Son, a su vez, jesuitas, término que ciertamente incluye el de católicas, y que adjetiva a la universidad con estos rasgos característicos: la espiritualidad ignaciana, el servicio de la fe, la promoción de la justicia, la proclamación del Evangelio, el diálogo y la evangelización de la cultura⁶.

³ J. A. GARCÍA, «Más que perversos, ignorantes. Una escuela del corazón»: *Sal Terrae* 88 (2000), 467; F.J. RUIZ PÉREZ, «Hombre», en GEI (ed.), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (G-Z)*, Bilbao – Maliaño (Cantabria) 2007, 947. Esta percepción ignaciana del ser humano se propone y ofrece a los docentes, gestores e investigadores de las instituciones universitarias de la Compañía de Jesús para que, si así lo desean y deciden, la reciban y asuman en sus vidas.

⁴ Durante sus casi 25 años como General de la Compañía de Jesús, el P. Peter-Hans Kolvenbach pronunció numerosos discursos en instituciones universitarias jesuíticas, en los que desarrolló con rigor y acierto el sentido del término universidad jesuítica. En este segundo preámbulo y, sobre todo, en muchas páginas de esta contribución nos inspiraremos frecuentemente en ellos, teniendo como referencia principal el libro *Discursos universitarios P. Peter – Hans Kolvenbach*, preparado en 2007 por UNIJES, y en particular por el P. Melecio Agúndez SJ. Para evitar continuas repeticiones, en adelante citaremos únicamente el lugar donde se pronunció el discurso y el apartado del mismo al que nos referimos.

⁵ *Ex corde Ecclesiae* es una Constitución Apostólica promulgada por el Papa Juan Pablo II en 1990. Es un decreto, un texto legislativo, que regula diversas cuestiones de las universidades católicas.

⁶ Desde la Congregación General 34 (1995), la Compañía de Jesús entiende su misión desde estas claves mencionadas.

I. “*Spiritum sequebatur, non preibat*” (seguía al Espíritu, sin adelantarse): Ignacio y el valor del tiempo

I.1. Vida plena, vida en discernimiento

Es universalmente conocido el tercer capítulo del libro bíblico de Qohelet (Eclesiastés):

todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el cielo; tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de arrancar y tiempo de plantar... tiempo de amar y tiempo de odiar, tiempo de guerra y tiempo de paz (Qo 3,1-8).

Un poema que, en el marco de Qo 3,1-15, introduce una serie de afirmaciones sobre el sentido de la existencia y que evoca un imaginario muy familiar para Ignacio de Loyola. En su intento por dialogar con una cultura griega cosmopolita, abierta y novedosa del s. III a.C., el autor del Eclesiastés afirma la belleza y la bondad de Dios, del Dios creador de un mundo ordenado y bonito (Qo 3,11). Un mundo, una creación en la que el tiempo, la existencia, no están determinados; sí son, en cambio, una ocasión para que el ser humano pueda vivir en plenitud.

Este y otros aspectos están recogidos en la frase latina que titula este apartado, escrita por el P. Jerónimo Nadal SJ, fundador del primer colegio de la Compañía de Jesús en Mesina, y Vicario de Ignacio de Loyola entre 1554-1556. En su obra *Commentarii de Instituto SJ*, el jesuita mallorquín escribe:

... Ignacio encaminó su corazón hacia donde lo conducía el Espíritu y la vocación divina, con singular humildad seguía al Espíritu, no se le adelantaba.

¿Qué supone entonces vivir en plenitud para Ignacio de Loyola, siguiendo y no adelantándose al Espíritu? Supone vivir esperando a que Dios se le revele y se le haga visible y perceptible en su vida, y actuar posteriormente en consonancia con dicha manifestación, respondiendo a lo que Dios parece pedirle.

Es posible rastrear esta importante característica en la Autobiografía de Ignacio (Au), texto que, en palabras de Jerónimo Nadal, es central para la Compañía de Jesús por encontrar esta última en ella su fundación⁷. Más en particular, en la parte en que Ignacio recuerda al Dios que se le dio a conocer en Manresa. En esta localidad catalana Dios se revela a Ignacio como el que está presente y con la misma

⁷ J. M. RAMBLA BLANCH, *El peregrino. Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, Bilbao – Maliaño (Cantabria) ⁵1990, 146.

espesura y densidad en la Eucaristía y en las personas, en los acontecimientos de la vida, en las cosas. En Manresa, y con palabras muy queridas para los jesuitas y la familia ignaciana, Ignacio aprende a ser *contemplativo en la acción y activo en la contemplación*⁸.

Ser contemplativo en la acción, que incluye su complemento inseparable (activo en la contemplación), es un *horizonte de búsqueda de una experiencia unificada en la que contemplación y acción no marchan cada una por su lado*⁹. Ser contemplativo en la acción es amar a Dios en las cosas; es, al mismo tiempo, contemplar activamente en Dios las cosas, llevando más vida, más realidad a nuestra oración, a nuestra contemplación. Ser contemplativo en la acción es

*vivir en una escucha adoradora tal que, en el interior de esa acción, podamos plantear la pregunta «¿qué debo hacer?» (quid agendum), y sospechar obedientemente la respuesta*¹⁰;

es, en palabras ignacianas, y precisamente porque Dios está en todas las cosas, dar gloria a Dios ayudando a las almas.

Ahora bien, también en Manresa Ignacio aprende que el discernimiento es absolutamente necesario para poder vivir bajo el lema “*spiritum sequebatur, non preibat*”. En el número 32 del Libro de los Ejercicios se afirma:

*presupongo ser tres pensamientos en mí, es a saber, uno propio mío, el cual sale de mi mera libertad y querer, y otros dos, que vienen de fuera: el uno que viene del buen espíritu, y el otro del malo*¹¹.

Según lo que se acaba de recordar, el ser humano es para Ignacio una estructura abierta en la que actúan energías externas a él mismo: las mociones o pensa-

⁸ La expresión contemplativos en la acción procede de Jerónimo Nadal:

El Padre Ignacio añadía que en todas las cosas, acciones y conversaciones sentía y contemplaba la presencia de Dios y la atracción de las cosas espirituales; era contemplativo en la acción, lo que él solía expresar con estas palabras: hay que encontrar a Dios en todas las cosas.

Véase *Monumenta Natalis. Epistolae Hieronymi Nadal Societatis Iesu ab anno 1546 ad 1577* V, 162.

⁹ J. A. GARCÍA, *Hogar y Taller. Seguimiento de Jesús y comunidad religiosa*, Santander 1985, 140.

¹⁰ J. A. GARCÍA, *Hogar y Taller*, 143.

¹¹ Ya en Loyola, así puede leerse en los números 6–8 de la Autobiografía, Ignacio comienza a familiarizarse con estas mociones, pensamientos o espíritus, con estos movimientos internos. Ya entonces los somete a crítica, a *discernimiento*.

mientos, fruto de la razón, la fantasía o la imaginación. Son precisamente esas dos mociones, esos pensamientos, esos espíritus que vienen de fuera, y que, sin embargo, actúan con fuerza en la persona, tanto en su mundo racional como en el afectivo, moviéndola en dirección al bien o al mal, los que han de ser discernidos por ser los que conducen nuestra conducta.

Ignacio afirma que las mociones son causadas, es decir, se dan de manera no pretendida (Ej, 313). Por eso, la persona debe estar atenta para sentir las y conocerlas. Por ejemplo, por medio de las reglas de discernimiento o discreción de espíritus de la primera y segunda semana de Ejercicios (Ej, 313–336). Afirma también que las mociones nos orientan o mueven hacia un fin. Distingue entre a) las buenas, que proceden del buen espíritu y hay que recibirlas, mociones que provocan ánimo y consuelo, dinamizan nuestro amor, nos dirigen hacia el bien y nos unen a Dios, y b) las malas, cuyo origen está en el mal espíritu y conviene lanzar o rechazar, pues provocan inquietud y tristeza, nos orientan hacia el mal y nos separan de Dios. Discernir es, pues, cribar esos movimientos interiores y ver cuáles conducen en la dirección correcta y cuáles llevan a la dirección inadecuada.

Ahora bien, y afinando aún más, Ignacio afirma que el discernimiento se realiza más exactamente acercándose a los posos que dejan en nosotros los pensamientos o mociones o espíritus. Importante y necesario es entender entonces el discernimiento no como un momento puntual, sino como un proceso lento, personal y pasivo, en el que poder distinguir, conocer y caracterizar, por una parte, las mociones que se producen en el interior de la persona; y, por otra, los posos posteriores que en ella quedan. Y entenderlo como un proceso oracional, pues, aunque es cierto que las mociones pueden darse en cualquier momento de nuestra vida, ellas y sus posos se comprenden mejor cuando el ser humano se encuentra en oración delante de Dios.

¿Por qué es importante entonces el discernimiento? Porque el análisis de las mociones y sus posos es condición previa y necesaria para el conocimiento del desvelamiento de Dios y de sus deseos y voluntad para con nosotros en la realidad y de las posteriores tomas de decisión que realizamos, impulsados por el deseo de corresponder a Dios, de hacer su voluntad. Porque, recordando el título de este apartado, el discernimiento nos permite vivir en plenitud, siguiendo al Espíritu sin adelantarnos a él¹².

¹² J. GARCÍA DE CASTRO, «Moción», en GEI (ed.), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (G–Z)*, 1265–1269; D. MOLINA, «Discernir, decidir y, en todo, siempre servir»: *Sal Terrae* 100 (2012) 393–408.

1.2. Vida plena, vida en discernimiento de los docentes, investigadores y gestores

Presentadas dos claves ignacianas para vivir la vida, el tiempo, la existencia en plenitud, es el momento de *discernir* de qué manera dichas claves pueden ayudar y configurar a los docentes, investigadores y gestores de las universidades y centros universitarios de UNIJES.

Es innegable que desde 1988, y gracias al proceso de Bolonia, prácticamente todos los docentes somos más conscientes de que lo más importante para nosotros son nuestros alumnos y su aprendizaje. Hoy estamos convencidos de que nuestro trabajo no consiste en enseñar, sino en promover y facilitar el aprendizaje de nuestros estudiantes.

Una convicción que está muy presente en la comprensión educativa de la naciente Compañía de Jesús. La *Ratio Studiorum* (RS), documento promulgado en enero de 1599, que contiene el sistema educativo de la Compañía de Jesús, afirma¹³:

el objetivo de la educación jesuita consiste en ayudar al desarrollo más completo posible de todos los talentos concedidos por Dios a cada individuo como miembro de la comunidad humana (RS, 25); los jóvenes, hombres y mujeres, que estudian en un centro educativo de la Compañía no han conseguido todavía su plena madurez; el proceso educativo tiene en cuenta las etapas evolutivas del crecimiento intelectual, afectivo y espiritual, y ayuda a cada alumno a ir madurando gradualmente en todos estos aspectos. Así, el plan de estudios está centrado en la persona más que en la materia que hay que desarrollar. Cada alumno puede desarrollar y realizar los objetivos a un ritmo acomodado a su capacidad individual y a las características de su propia personalidad (RS, 42).

Una convicción que sigue teniendo gran vigencia hoy. En numerosas ocasiones, durante más de veinte años, y en diversos lugares geográficos del universo entero, el XXIX General de la Compañía de Jesús, Peter-Hans Kolvenbach, afirmó que

*a) la meta final de la educación jesuita puede ser el total desarrollo de la persona, b) el aprendizaje que se pretende conseguir es un auténtico crecimiento, c) el auténtico criterio para evaluar en las universidades de la Compañía no es lo que nuestros estudiantes hagan sino lo que acaben siendo*¹⁴.

También su sucesor, Adolfo Nicolás, afirmó que

¹³ Las citas que hacemos de la *Ratio Studiorum* están tomadas de E. GIL CORIA (ed.), *La pedagogía de los jesuitas, ayer y hoy*, Madrid 2002.

¹⁴ Véanse los discursos en Georgetown (12), Villa Cavalletti (34), Santa Clara (44).

*el significado de cambio en nuestras instituciones es en qué se convierten nuestros estudiantes, lo que valoren y lo que hagan más tarde en su vida y en el trabajo*¹⁵.

He aquí entonces un primer rasgo que puede caracterizar al docente de los centros de UNIJES, que desea vivir guiado por el espíritu ignaciano del contemplativo en la acción y activo en la contemplación desde la óptica del discernimiento: la centralidad que tienen en su vida diaria tanto las personas con las que se encuentra, muy en especial sus alumnos, como su desarrollo integral. Ayudado y apoyado en esos dos ejes esenciales de la vida de Ignacio, dicho docente se preguntará con frecuencia *quid agendum* para promover y alcanzar dicho rasgo, qué “oferta académica” (actividades, ejercicios y contenidos) puede ser más o menos conveniente, útil y necesaria para lograrlo, qué actitudes y aptitudes necesita poner a diario en práctica para hacer verdad esa su característica.

El paso de los siglos ha contribuido a realzar la figura del P. Diego de Ledesma, jesuita desde 1557, que fue prefecto de estudios del Colegio Romano, uno de los primeros colegios de la Compañía de Jesús, en el que, a los pocos años de su fundación, se enseñaba el programa completo descrito en las Constituciones de la citada Compañía, siendo por eso considerado como una universidad¹⁶. Ledesma representa en la primera pedagogía de los jesuitas un inapreciable eslabón que recoge y reelabora la primera herencia postignaciana. En opinión de un insigne historiador jesuita, Antonio Astrain, ninguno en los tiempos anteriores al Padre Acquaviva, general de los jesuitas entre 1581–1615, estudió tan despacio la materia de los estudios ni trazó tan magistralmente un plan de *Ratio Studiorum* como el Padre Ledesma¹⁷.

Uno de los que más han contribuido a recuperar dicha figura ha sido el P. Peter–Hans Kolvenbach, quien, inspirándose en el segoviano Ledesma, ha dado a conocer entre las universidades y centros universitarios de la Compañía de Jesús el “paradigma Ledesma – Kolvenbach”. Es un paradigma con cuatro *metacompetencias*, que pretende ayudar a los docentes de inspiración ignaciana a vivir en

¹⁵ A. NICOLÁS, «Depth, Universality, and Learned Ministry: Challenges to Jesuit Higher Education today», Mexico City 2010.

¹⁶ J. W. O’ MALLEY, *Los primeros jesuitas*, Bilbao – Maliaño (Cantabria) 1993, 267. Las Constituciones de la Compañía de Jesús y los Ejercicios Espirituales no solo son las dos obras maestras de San Ignacio; son dos escritos que se complementan mutuamente. Los Ejercicios son la médula íntima, el núcleo sustancial del espíritu del santo. En las Constituciones vive el mismo espíritu, pero con cuerpo concreto al que da vigor y energía. Por eso el jesuita es el hombre de los Ejercicios mediado por las Constituciones.

¹⁷ E. GIL CORIA (ed.), *La pedagogía de los jesuitas, ayer y hoy*, 37–38.

plenitud el rasgo anteriormente mencionado (interés por las personas, los alumnos, y su desarrollo integral). Las cuatro, *utilitas*, *humanitas*, *iustitia*, *fides*, son un todo inseparable e indisoluble que deberían guiar y orientar el trabajo universitario de los citados docentes¹⁸.

Subrayando de nuevo la unidad estrecha entre las citadas *metacompetencias*, me atrevo a afirmar que dos de ellas configurarían más adecuadamente una segunda característica del docente de los centros de UNIJES que anhela vivir como contemplativo en la acción y activo en la contemplación ejercitando el discernimiento: la *utilitas* y la *humanitas*.

¿Qué se puede decir sobre la primera de ellas? En su discurso en Monte Cucco (11), el P. Kolvenbach, citando estas palabras del P. Ledesma (*se debe facilitar a los estudiantes los medios que necesitan para desenvolverse en la vida*), afirmó que

la educación jesuita es eminentemente práctica y pretende proporcionar a los estudiantes el conocimiento y las destrezas necesarias para sobresalir en cualquier terreno que escojan. Con otras palabras, la excelencia académica.

Palabras refrendadas por el P. Adolfo Nicolás en una conferencia pronunciada el 12 de noviembre de 2008 en Barcelona, en Esade, titulada «Misión y universidad. ¿Qué futuro queremos?»:

la docencia realmente práctica debe orientarse a la formación de buenos profesionales, que, siendo técnicamente competentes, sepan descubrir y vivir el sentido social de toda profesión: el servicio experto a la sociedad en un campo concreto. No formar a los mejores del mundo, sino formar a los mejores para el mundo.

Formar excelentes profesionales, siendo eso sí, los mejores para el mundo, necesita también apoyarse en la *humanitas*. Según esta, un buen docente de los centros superiores de la Compañía de Jesús debería contribuir a formar no solo buenos profesionales, sino también buenas personas, dotadas de un pleno desarrollo integral. Así habló de la *humanitas* el P. Kolvenbach al consejo directivo de Georgetown en 2007 (10):

mucho más compleja es la tercera meta propuesta por el P. Ledesma: dar ornamento, esplendor y perfección a nuestra naturaleza racional. Con esta grandiosa expresión el Padre Ledesma nos dice que él apasionadamente creía que la educación jesuita aspiraba, y aspira, a la formación de personas más plenamente humanas, y que este credo y

¹⁸ Véase B. UROSA SANZ, «Docencia–aprendizaje en una universidad de la Compañía de Jesús desde la perspectiva de la misión». Es una ponencia presentada en las jornadas de Loyola de UNIJES, que recoge muy bien el significado del paradigma y otros aspectos con él relacionados, y que tenemos en cuenta en nuestras páginas.

tradición humanísticos deberían producir un impacto en todos los aspectos y en todas las materias de la empresa educativa jesuita. Esta tradición humanística no se limita a solo una mens sana in corpore sano. Por el contrario, desde su mismo inicio la educación jesuita ha consistido en una lucha por la dignidad humana y los derechos humanos, la libertad ilustrada de la conciencia y la libertad responsable de la palabra, el diálogo respetuoso y una paciente promoción de la justicia. Todo ello se alcanzaba en el s. XVI por medio del potencial humanizador de las humanidades.

¿Qué puede hacer un docente que quiera vivir guiado por estas dos primeras *metacompetencias* en discernimiento y siendo contemplativo en la acción? ¿No sería bueno, por ejemplo, que organizara en sus clases de derecho público o privado o económico y social o en sus clases de *márketing* o gestión financiera o empresarial ejercicios diversos, que ayudaran a sus alumnos a ser conscientes, competentes, compasivos y comprometidos?¹⁹ ¿No sería conveniente que promoviera en sus clases de ingeniería eléctrica o mecánica, en sus clases de psicología, educación o relaciones internacionales actividades que reflejaran el valor de ser un buen profesional y una buena persona? ¿No sería recomendable que, mediante recursos de diverso tipo, facilitara en el aula y también fuera de ella que la Compañía de Jesús, en clara sintonía con el pensar de Ignacio, desea formar los mejores para el mundo?

Pedro Arrupe, Peter-Hans Kolvenbach y Adolfo Nicolás, los generales de la Compañía de Jesús anteriores al actual, P. Arturo Sosa Abascal, escribieron decenas de documentos sobre la investigación de los jesuitas y de sus centros universitarios. Tenemos en cuenta sus reflexiones e inspiraciones al acercarnos en este apartado y en los que vienen a continuación a los investigadores de los centros de UNIJES.

Un investigador que se apoya en el discernimiento y en el «contemplativo en la acción y activo en la contemplación» ignaciano es, en primer lugar, el que

no solo se atiene a los cánones de cada disciplina, sino que se adentra en lo más profundo de la realidad humana, para ayudar a hacer del mundo un lugar más habitable para los 6.000 millones que vivimos en él.

¹⁹ En su discurso en Villa Cavalleti de 1993, el Kolvenbach afirmó que

...el fin de la educación de los jesuitas es la formación de hombres y mujeres para los demás, personas competentes, concienciados y sensibilizados para el compromiso.

Sus palabras fueron asumidas en un documento oficial de la Compañía de Jesús, publicado en julio de 1993 con el título “Pedagogía ignaciana, un planteamiento práctico”, en donde puede leerse:

El P. Kolvenbach afirma también nuestro objetivo (el de la educación de la Compañía de Jesús) cuando dice: pretendemos formar líderes en el servicio y en la imitación de Cristo Jesús, hombres y mujeres competentes, conscientes y comprometidos en la compasión.

Estas palabras pronunciadas en Santa Clara (46) por el P. Kolvenbach nos acercan al primer rasgo distintivo del investigador de los centros universitarios de los jesuitas: su anhelo por buscar la verdad. José Ramón Busto SJ, rector de Comillas de 2002 a 2012, decía a este respecto que investigar

no es otra cosa que ponerse en camino intentando alcanzar la verdad, que nunca se nos entrega del todo, sino que a medida que nos vamos acercando a ella nos ofrece nuevas y más amplias perspectivas²⁰.

Y Julio L. Martínez SJ, rector actual de Comillas, en sus intervenciones en las jornadas interuniversitarias de Loyola de UNIJES, sostenía *que en la búsqueda de la verdad radica el telos que da forma y sentido a nuestra actividad investigadora*. Citando a Ignacio Ellacuría SJ, rector de la UCA de San Salvador, asesinado un 16 de noviembre de 1989, precisamente por buscar en su trabajo investigador la verdad, añadía que

la verdad se construye y se va haciendo entre los que la buscan de veras; una verdad que se busca y que, al buscarla, más que encontrarla, nos encuentra. La verdad en cuestión debe ser una verdad operativa, aunque sin olvidar que la acción para hacer realidad la verdad debe ser ella misma verdadera, es decir, no ajena al menester intelectual.

Ello implica, siempre según Martínez, que la búsqueda de la verdad no puede dejar de hacerse praxis y por tanto ha de ser ética y ha de tener en cuenta, siempre según el horizonte evangélico y cristiano, lo más profundo de la realidad humana, en especial, la tragedia que viven muchos de nuestros contemporáneos a los que llamamos pobres²¹.

Una segunda característica de los investigadores de los centros de UNIJES que desean vivir según los valores ignacianos mencionados es: saber vivir en sana y discernida tensión el ser al mismo tiempo docentes e investigadores.

Es importante, en primer lugar, afirmar que

los que han sido destinados a la "misión de investigar" deben disponer del tiempo necesario para profundizar en una empresa que no da frutos inmediatos. Para que no se

²⁰ J. R. BUSTO SAIZ, *El edificio de las letras y el modo de usar de ellas*, Madrid 2012, 93.

²¹ J. L. MARTÍNEZ, «Investigación en una Universidad de la Compañía de Jesús desde la perspectiva de la Misión». A ello se refería también el P. Kolvenbach en el discurso de Santa Clara mencionado (49):

ningún punto de vista de nuestros profesores e investigadores es neutro o prescinde de valores. En nuestro caso de jesuitas, el punto de vista, por preferencia y por opción, es el de los pobres. Al adoptar la perspectiva de las víctimas de la injusticia, nuestros enseñantes buscan la verdad y comparten esa búsqueda y sus resultados con nuestros estudiantes.

pierda una inversión ya hecha y que puedan continuar su trabajo de investigación, es prudente que no se les cargue de tareas administrativas que, aun siendo muy importantes, les podrían distraer de su investigación²².

Es importante también recordar que la investigación da rigor a la docencia y ofrece siempre una solidez académica a los centros de enseñanza superior. Por eso, y como consecuencia de lo anterior, abogamos por una complementariedad, en una sana tensión, entre el trabajo investigador y el docente. Con ello nos alejamos de los que insisten en que no hay correlación entre investigación y docencia.

Ahora bien, es este un asunto, así lo creemos, en el que juegan un importante papel tanto cada uno de los investigadores–docentes de los centros como sus máximos responsables, especialmente los que tienen poder de decisión sobre ellos. A todos los implicados en esta tensión les puede ser de gran ayuda en este caso el discernimiento ignaciano para: a) buscar y hallar en diálogo positivo, constructivo y desapasionado, un equilibrio para que el que sea más docente que investigador actualice siempre su saber, y para que el que dedique más tiempo y energía a la investigación tenga siempre una presencia en las aulas como docente con dedicación; b) buscar y hallar un equilibrio institucional entre docentes, con más perfil docente y menos investigador, e investigadores más investigadores que docentes; c) pensar y decidir criterios y medidas de selección de personas y políticas de presente y futuro para que las instituciones universitarias de la Compañía de Jesús no carezcan nunca de buenos investigadores y buenos docentes.

Este último aspecto presentado abre la puerta a tener en consideración a los gestores. Incluimos en este término en todas nuestras páginas a los que se dedican a tiempo completo a la gestión y a los que, junto a sus labores docente e investigadora, realizan también tareas de organización y administración. ¿Qué dos rasgos caracterizarían a los gestores de los centros de UNIJES que desearan vivir inspirados por el discernimiento y el ser *contemplativos en la acción y activos en la contemplación*?

El primero sería el de vivir en sana y discernida tensión el ser docente, investigador y gestor. Todo lo dicho en líneas anteriores sobre la segunda característica del investigador, comprendido más bien como docente–investigador, puede decirse ahora, incluyendo la palabra gestor al último binomio mencionado. Contando, eso sí, con que lo que afirmamos afecta tanto al docente–investigador–gestor como a

²² A. NICOLÁS, «Sobre los jesuitas destinados al apostolado intelectual», Roma 2014. Este documento es una carta que dirige el P. Nicolás a toda la Compañía de Jesús en mayo de 2014.

los que tienen responsabilidades en los centros universitarios jesuitas para dotarlos de buenos docentes, investigadores y gestores.

El segundo, que caracterizaría tanto al gestor a tiempo completo como al docente-investigador-gestor, expresaría que para los gestores de nuestros centros son centrales en su vida laboral diaria todas las personas con las que se encuentran; en particular, los alumnos de las distintas y numerosas titulaciones. Por ellos y por su desarrollo integral trabajan a diario, realizando una oscura y cotidiana labor. Una expresión que se traduce en el respeto personal, el ejercicio de la paciencia y la prudencia, el trabajo bien realizado, la disponibilidad a aprender y mejorar. Y muy especialmente en la manera de vivir y gestionar el tiempo.

Decíamos al comienzo de este apartado que está llegando a su fin que «todo tiene su tiempo», es decir, que la existencia es una oportunidad para vivir en plenitud. Un buen gestor de los centros de UNIJES sabe que la gestión tiene sus tiempos, que el tiempo de la gestión es el caracterizado por carecer claramente de una relación de equilibrio exacto y correspondencia perfecta entre el tiempo que uno invierte en gestionar pequeños o grandes asuntos y el tiempo necesario para que esos asuntos se resuelvan definitivamente. Un buen gestor a la manera ignaciana puede ser entonces aquel que sepa manejarse con paciencia, disponibilidad, apertura, comprensión y esperanza en este tiempo de la gestión.

2. Ignacio de Loyola, el centro y la periferia

Decir Compañía de Jesús es decir, entre otras cosas, La Storta:

Y estando un día en una iglesia haciendo oración algunas millas antes de llegar a Roma, sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre lo ponía con Cristo, su Hijo, que no se atrevería a dudar de esto, sino que Dios Padre lo ponía con su Hijo (Au, 96).

En el cruce de la Storta, cerca de la via Cassia, a unos 16 kilómetros de Roma, sucede el momento culminante de la vida de Ignacio, su “kairos” definitivo. Como escribe J. M. Rambla SJ,

la sustancia de este hecho es el don extraordinario de la íntima unión con Cristo que el Padre otorga al peregrino. En la vida de Ignacio esta visión parece que juega en cierto grado el mismo papel que la estigmatización en la del Poverello. Es la toma de posesión total, la conformación con Cristo clavado en la cruz (Donatien Mollat)²³.

²³ J. M. RAMBLA BLANCH, *El peregrino. Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, 96.

La Storta es la experiencia central para Ignacio, es la culminación de su proceso, de su peregrinación. En Loyola Ignacio es invitado a ser leal a Cristo; en Manresa, a seguirlo; en la Storta, a asociarse al Cristo crucificado y a configurarse con él y con su cruz para trabajar con él en su misión: anunciar a toda la humanidad la salvación de Dios. En la Storta, y porque, recordemos, Ignacio “*spiritum sequatur, non preibat*”, Dios confirma espiritualmente al fundador de la Compañía de Jesús que su opción misionera es aceptada y que Dios salva al mundo a través del escándalo de la cruz.

La Storta es, en otras palabras, el movimiento culminante de la vida de Ignacio. Una vida en la que podemos distinguir tres importantes y decisivos movimientos. El primero, el que va de Loyola a Manresa, que podríamos llamar como el viaje del centro a la periferia. El segundo, el de la periferia al centro, cuya expresión principal es el viaje y estancia de Ignacio en París. El tercero, la Storta, el de la periferia en el centro, el del amor apasionado al Cristo que vive crucificado en el mundo.

Es indudable que, a la manera de Ignacio, muchos cristianos han encontrado sentido a su vida y han podido seguir a Jesucristo y anunciar el Evangelio en las periferias, adonde han acudido saliendo de lugares más centrales, más cómodos, aparentemente, y si se me permite la expresión, menos *evangélicos*. Es indudable, por otra parte, que el ejercicio de las obras de misericordia y de caridad con enfermos, pobres y lisiados era propuesto por los jesuitas desde sus orígenes a quienes querían vivir una vida espiritual más plena y profunda; y que sigue siendo hoy, con otras maneras y expresiones, un modo de vivir el Evangelio muy ignaciano.

Ahora bien, lo que Dios concede a Ignacio en la Storta, al final de su vida, es la gracia de servir al Dios pobre y crucificado en el centro, es decir, en un lugar no periférico, en un lugar socialmente estable, avanzado y de progreso. Porque, y esta es la enseñanza ignaciana que queremos desarrollar para los docentes, investigadores y gestores de nuestros centros, lo decisivo para el santo azpeitiano no es estar en el centro o en la periferia, no es tener que optar por esta en perjuicio de aquel. Es, más bien, estar en el centro, es decir, en un lugar de vida, avance, desarrollo y progreso, anclado y sostenido únicamente en el amor al Cristo pobre, humillado y crucificado; no, en cambio, en la posesión de personas, bienes, riquezas. Es vivir en el centro no desde la codicia de riqueza, el deseo de prestigio y fama y el anhelo de soberbia, sino desde la humildad, el desprendimiento y la pobreza, virtudes que nos hacen estar muy cerca de los pobres que viven en las periferias²⁴.

²⁴ El 24 de octubre de 2016 el Papa Francisco se encontró con los delegados de la Congregación General 36 de la Compañía de Jesús, reunidos en Roma desde comienzos de dicho mes. En su sen-

Al volver la vista a los docentes de los centros universitarios de la Compañía de Jesús desde la clave ignaciana de este segundo apartado de nuestra colaboración, no pedimos que estos tengan que vivir la gracia que Ignacio recibió en la Storta. Sí, en cambio deseamos, recordando, los dos preámbulos que abren estas páginas, especialmente el que hace referencia a que ellos no son perfectos, sino frágiles, que vivan inspirados e iluminados por ella, que vivan acercándose lo más posible al modo ignaciano de vivir la periferia en el centro.

En un apartado anterior hemos indicado que las cuatro metacompetencias del “paradigma Ledesma – Kolvenbach” *son un todo inseparable e indisoluble que deberían guiar y orientar el trabajo universitario de los citados docentes*. Sin embargo, y sin ir contra lo anterior, los tres movimientos de la vida de Ignacio, y especialmente el tercero, la experiencia de la Storta, nos ayudan a comprender mejor el sentido de la tercera metacompetencia, la *iustitia*, y de la importancia que esta puede tener en la vida de nuestros alumnos.

Es de nuevo el P. Kolvenbach, el que nos acerca al sentido auténtico que para Ledesma tiene este término:

El término iustitia expresa el acento que pone Ledesma en la necesidad de educar mujeres y hombres de modo que puedan abrazar y promover, de modo rápido y voluntario, todo lo que debe hacerse para construir unas justas estructuras sociales, económicas y políticas que defiendan nuestra humanidad común. A pesar de los fuertes impulsos individualistas en nosotros, una universidad jesuita debería conseguir transformar a sus estudiantes en mujeres y hombres para los demás, como el Padre Arrupe repitió con tanta frecuencia, pero también, y mucho más en nuestros días, en mujeres y hombres con los demás (Georgetown, 9). La segunda razón que propone Ledesma es “el contribuir al recto gobierno de los asuntos públicos”. Esta breve frase se convierte en 1998 en lo siguiente: la educación jesuita no es meramente práctica, sino que dice relación con la cuestión de los valores, educando hombres y mujeres para que lleguen a ser buenos ciudadanos y buenos dirigentes, preocupados por el bien común y capaces de poner su educación al servicio de la fe y la promoción de la justicia (Monte Cucco, 11)²⁵.

tida alocución a sus compañeros jesuitas, Francisco los invitaba, y se invitaba a sí mismo, a dejarse conmover por el Señor puesto en cruz:

Siempre se puede dar un paso más en el dejamos conmover por el Señor puesto en cruz, por Él en persona y por Él presente en tantos hermanos nuestros que sufren – ¡la gran mayoría de la humanidad! El Padre Arrupe decía que allí donde hay un dolor, allí está la Compañía.

Puede verse su intervención en: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/october/documents/papa-francesco_20161024_visita-compagnia-gesu.html

²⁵ También A. Nicolás recordó y reafirmó este importante aspecto en discursos como el que tuvo en México City en 2010, anteriormente citado.

No hay que ocultar que la mayoría de nuestros alumnos quieren ser los mejores del mundo y no los mejores para el mundo, esos hombres y mujeres para los demás de los que hablaba el P. Arrupe. La labor y el reto de nuestros docentes está en preparar y formar a nuestros alumnos para que sean agentes de cambio de nuestras sociedades y para que dichos cambios pongan en un lugar central a los que ocupan los últimos lugares de la sociedad. Una labor y un reto no circunscrita a algunas áreas de conocimiento: sociología, economía, filosofía, teología; tampoco a algunas materias de nuestros planes de estudio (ética, pensamiento social cristiano). Una labor y un reto para los profesores de todas las disciplinas de nuestros centros de UNIJES, quienes, para vivir aproximándose al axioma ignaciano «la periferia en el centro», cuidarán de promover debates, análisis críticos, actividades varias, contribuyendo así a formar a nuestros estudiantes en la *iustitia*.

En este marco de referencia podrían entenderse los tres aspectos que, en nuestra opinión, más deberían caracterizar a los investigadores de nuestros centros según este apartado «Ignacio de Loyola, el centro y la periferia».

El primero, que tocaría también a los máximos responsables de la investigación en los centros de enseñanza superior de la Compañía de Jesús, sería la elección y priorización de líneas de investigación atravesadas por todo lo que incluye el término *iustitia*. Se trata en primer lugar del qué investigar, pero también del para qué y para quién investigar. Sin detallar y concretar en estas líneas las prioridades establecidas por nuestros centros, sí parece conveniente recordar que en ellas no deberían faltar los criterios *cultivar la profundidad y presencia en las fronteras*, a los que tantas veces se refirió en sus discursos el P. Nicolás. Y hacerlo con estas palabras de Julio L. Martínez, pronunciadas en las jornadas de Loyola de UNIJES, y recogidas en el documento anteriormente mencionado:

en realidad creo que todas las prioridades deberían tener que ver con las "fronteras" donde la fe se encuentra con la ciencia, con la cultura y con la justicia, buscando siempre profundidad y la universalidad desde el mayor servicio y por consiguiente pensando en su utilidad y los efectos transformadores que lo que investigamos pueda tener para la vida de las personas, sobre todo de los más necesitados.

El segundo lo subraya especialmente *Promotio Iustitiae*, la revista que publica el Secretariado para la Justicia Social y la Ecología de la Curia General de la Compañía de Jesús. En el apartado 3.5 de su número 116, titulado «La promoción de la justicia en las universidades de la Compañía», y en relación con que la investigación puede mover a propuestas y posicionamientos de incidencia política y social, se afirma:

las recomendaciones y propuestas pueden situarse en ámbitos muy variados: en el socio-cultural, ofreciendo modos de vida digna y noble; en el económico y laboral, sugiriendo

reformas que contribuyan a un desarrollo integral de la sociedad; en el institucional, formulando maneras en que las organizaciones pueden favorecer la participación y la responsabilidad social; en el prepolítico, haciendo hincapié en las actitudes que hacen posible la convivencia democrática; en el político, proponiendo políticas que protejan a los últimos y promuevan el desarrollo de la sociedad.

Además de la incidencia política y social, no habría que olvidar a este respecto otras referencias a las que la investigación podría mover: por ejemplo, la conocida I+D+i, que recuerda cómo la investigación puede aplicar sus conocimientos a la producción y cómo ello puede implicar un avance relevante de esta última.

Un tercer rasgo que puede caracterizar a nuestros investigadores en el marco del apartado en que nos encontramos es el de estar en estrecha relación laboral con los equipos que trabajan en centros sociales, ONG, y responder así a las demandas de los más pobres y desfavorecidos, a las que muchas veces ni el mercado ni el Estado atienden satisfactoriamente:

cuando los profesores optan por el diálogo interdisciplinar y por la investigación socialmente comprometida en colaboración con las plataformas del apostolado social, están ejemplificando y modelando un tipo de conocimiento que es servicio (P.-H. Kolvenbach, Santa Clara, 53).

También los gestores pueden desarrollar su trabajo iluminados por la experiencia definitiva de Ignacio en la Storta. Especialmente los que trabajan en oficinas o servicios con un importante poder de decisión de políticas docentes e investigadoras de la universidad u oficinas o servicios desde donde es más *fácil* promover actividades, talleres, conferencias, debates, que capaciten a nuestros alumnos con la metacompetencia de la *iustitia*. Pero también otros que están inmersos en labores como la atención a antiguos alumnos, el marketing, la comunicación. ¿No se ayudará a los alumnos de nuestros centros a familiarizarse con la *iustitia* si en nuestras webs y revistas se traduce la importancia de vivir la periferia en el centro? ¿No se contribuirá con ellos si cuando promocionamos nuestras titulaciones insistimos en la centralidad que tiene esta metacompetencia en nuestras políticas de enseñanza e investigación?

3. Ignacio de Loyola, la Iglesia, las instituciones

El libro de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio se cierra con 18 reglas que aparecen bajo el epígrafe *para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener, se guarden las reglas siguientes*. Se trata de las conocidas reglas para sentir con la Iglesia, reglas que *aunque no sean un texto sistemático, sino de*

naturaleza “práctica”, sin embargo, en sus conceptos se halla de forma latente un pequeño compendio de eclesiología ignaciana. Estas palabras del profesor de la Universidad Pontificia Comillas Santiago Madrigal SJ son un buen punto de partida y una buena orientación para, siguiendo nuevamente al citado profesor, afirmar que

Ignacio de Loyola, como Lutero, es un reformador que busca y pretende la reforma interior del individuo. Ellos, al igual que Erasmo, amparan un proceso de interiorización, de vuelta del hombre hacia sí mismo en busca de Dios. Sin embargo, lo más característico de Ignacio es su método de discernimiento para integrar la experiencia subjetiva del Espíritu en la dimensión eclesial: la materia de elección debe militar dentro de la santa madre Iglesia hierárquica (Ej, 170). Experiencia inmediata de Dios y mediación eclesial, interiorización y eclesialidad, son los dos cuernos del dilema espiritual y místico que se apoderan del alma de Loyola, y que él ha querido conjugar con la firmeza de su deseo de anar la experiencia interna y la norma externa, la autonomía y la heteronomía, la subjetividad y la institución²⁶.

Durante su vida Ignacio aceptó, pues, la tensión de vivir entre la experiencia responsable y personalizada de la fe y el servicio al cuerpo histórico y social de la Iglesia. Su conocido «sentire cum Ecclesia», que titula las reglas para sentir con la Iglesia en su versión latina, significa insertarse cada vez más en la vida de la Iglesia desde el «contemplativos en la acción y activos en la contemplación».

Ignacio fue entonces un hombre de Iglesia y de la Iglesia de su época, de la que siempre se sintió parte y a la que consideró imprescindible para poder servir a Dios y ayudar a las ánimas²⁷.

Esta importancia que concede Ignacio al binomio «subjetividad – institución», «personal – institucional» queda reforzada con otra particularidad, cercana a Ignacio y a la naciente Compañía de Jesús: la fundación de colegios, los cuales eran considerados como una supercategoría entre los ministerios y actividades de los jesuitas.

En 1548 se fundó en Mesina el primer colegio para jóvenes no destinados al sacerdocio. Desde entonces no cesó la fundación de estos colegios, pues, como decía Ignacio, “de la multiplicación de colegios similares siempre esperaré se haya de seguir mucho fruto a gloria divina”²⁸.

²⁶ S. MADRIGAL (2008) *Eclesialidad, reforma y misión. El legado teológico de Ignacio de Loyola*, Pedro Fabro y Francisco de Javier, Madrid, 105–106, 113–114.

²⁷ También la primera Compañía de Jesús asumió esta visión ignaciana de Iglesia. Véase D. M. MOLINA, «Iglesia», en GEI (ed.), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (G–Z)*, 967–975.

²⁸ M. REVUELTA, «Colegios», en GEI (ed.), *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (A–F)*, 335–340.

Ignacio y los primeros jesuitas entienden desde el principio que para dar gloria a Dios ayudando a las ánimas, es decir, y tal como decíamos al comienzo de estas páginas, para ser *contemplativos en la acción y activos en la contemplación*, son muy necesarios los colegios, son muy necesarias las instituciones.

Valgan estos dos rasgos tan propios de Ignacio de Loyola y de sus primeros compañeros para enmarcar este último apartado de nuestra colaboración, y para iluminar los últimos rasgos que podrían caracterizar a los docentes, investigadores y gestores de nuestras instituciones, apoyándonos en las siguientes preguntas: ¿cómo combinar en ellos el binomio individuo – institución?; ¿qué repercusiones puede tener para ellos el ser miembros de una institución educativa, el ser individuos en un cuerpo?

En el ámbito del docente, una es la relación entre el docente y la fides, la cuarta metacompetencia del “paradigma Ledesma – Kolvenbach”. En Georgetown (12), el P. Kolvenbach afirmó que

esta apertura y deseo de explorar científicamente todo lo que es humano lleva lógicamente al cuarto objetivo de una universidad: la dimensión religiosa. En su más profundo sentido, Fides es entrega a la búsqueda de la plenitud de la verdad. En la formulación de Ledesma, la rigurosa actividad intelectual que presupone, brilla más allá de la mera presencia de una capilla universitaria, un departamento de ciencias religiosas o incluso una facultad de teología.

Esta dimensión espiritual y religiosa no es fácilmente asumible por algunos de los profesores de nuestros centros de UNIJES. Una primera referencia podría, sin embargo, caracterizar a los docentes según la inspiración ignaciana presentada en este apartado: el respeto que todos ellos deberían tener por el cultivo en nuestros centros de esta metacompetencia, respeto que significaría en algunos casos el compromiso por no oponerse ni frenar todo lo que otros docentes y los responsables de las instituciones pudieran hacer para promover su valor y sentido. Al fin y al cabo, y recordando unas palabras del P. Adolfo Nicolás en «Misión y universidad. ¿Qué futuro queremos?», la Compañía de Jesús trata de forma inclusiva a todos sus profesores independientemente de sus creencias:

los jesuitas estamos a gusto trabajando codo con codo con personas que comparten la pasión por la utilitas, la iustitia y la humanitas, aunque no compartan nuestra fe. Escuchamos la voz de Jesús que decía que cuando está en juego el bien de la humanidad, “el que no está contra nosotros, está de nuestra parte” (Lc 9,51). Porque el criterio de autenticidad de nuestra fe es el trabajo por el bien de los seres humanos.

La segunda es la importancia que posee para el buen funcionamiento de nuestras instituciones el que nuestros docentes fomenten el contacto, la relación y la colaboración con sus colegas dentro y fuera de su lugar de trabajo. Ello sin duda

puede contribuir a mejorar la calidad del aprendizaje de nuestros alumnos, de la investigación en nuestros centros, del nacimiento y crecimiento de redes que entre ellos establezcamos. No debería ser una meta inalcanzable para nuestros docentes acercarse al ideal que, a este respecto, propone el P. Kolvenbach:

normalmente solemos hablar de los profesores en plural, pero lo que está en juego es más que la suma de los compromisos y esfuerzos personales de muchos individuos; es un diálogo interdisciplinar sostenido de investigación y reflexión, un continuo poner en común los conocimientos de todos.

Todo ello, siempre según las palabras de Kolvenbach en Santa Clara (47),

con la intención de asimilar las experiencias y las intuiciones de las diferentes disciplinas en una "visión del conocimiento" que, muy consciente de sus limitaciones, no se satisfaga con los fragmentos, sino que intente integrarlos dentro de una síntesis sabia y verdadera.

Al fin y al cabo, el neerlandés que fuera General de la Compañía de Jesús casi 25 años planteaba esta segunda característica de los docentes de nuestros centros en relación con uno de los elementos constitutivos de las universidades jesuitas y católicas: la consecución progresiva de una integración del saber en síntesis cada vez más comprensivas e iluminadoras.

Si por ser miembros de un cuerpo, de una institución, los docentes de los centros de UNIJES no deberían descuidar la colaboración y cooperación con sus colegas, ejerciendo para ello virtudes como la humildad, el desprendimiento y la gratuidad, también convendría que estas y otras virtudes próximas configuraran a sus investigadores. El «ego» del investigador puede ser igual e incluso superior al del docente. El «ego» que busque la fama, el prestigio y la promoción en el mundo de la investigación y en el mundo académico puede dañar notablemente nuestras instituciones. La Compañía de Jesús desea que sus investigadores crean y quieran a la institución en la que trabajan; y que lo hagan desde su ser investigadores sencillos, honestos, nobles y humildes, capaces de superar tensiones y disputas que con cierta frecuencia surgen entre investigadores de un mismo centro o de centros próximos, de áreas de estudio similares, de grupos de investigación. De nuevo, el discernimiento ignaciano puede ser una potente arma y ayuda para moverse, en una sana tensión, en este delicado terreno desde la apertura, la generosidad y la nobleza²⁹.

²⁹ Resuenan a este respecto las palabras que dirigía el P. Nicolás a los jesuitas en la carta de mayo de 2014 anteriormente mencionada: *el jesuita debe tener un compromiso intelectual libre de todo deseo de promoción personal y de todo espíritu de rivalidad y competición, pues lo anima el deseo de servir.*

Tan importante como esta primera característica, propia de los investigadores de UNIJES en el marco del binomio persona – institución, es la segunda: la vivencia en sana y discernida tensión de a) la necesidad de publicar en revistas que figuren en los *Journal Citation Reports* (JCR), b) conseguir la acreditación y el reconocimiento de la labor investigadora, c) responder a las demandas de los centros para alcanzar un alto nivel, d) la desventaja de estar frecuentemente en una posición más desfavorable ante las instancias que deciden sobre ayudas, publicación y valoración, e incluso la de disponer en no pocas ocasiones de menos recursos económicos que otros colegas, e) la dura y continua competitividad con otros grupos de investigación. Una sana y discernida tensión que debería caracterizar a los investigadores; pero también a los responsables, en todos sus niveles, de las políticas de investigación de nuestros centros. Apoyados en el binomio motivación de los investigadores – apoyo institucional a la investigación, ambos deberían trabajar para alcanzar los objetivos de nuestros centros a través de unos medios jesuitamente discernidos.

Estas dos características de los investigadores de los centros de enseñanza superior de la Compañía de Jesús podrían hacerse extensivas a sus gestores, con las modulaciones, ajustes y adaptaciones que fueran necesarias en función de su trabajo cotidiano. Creemos que las instituciones jesuitas cuentan, por una parte, con un personal humilde, honesto, noble, con capacidad de responder y superar las tensiones diarias. Unos gestores, un personal, segunda característica, que, en nuestra opinión, vive con elegancia y solicitud la presión a la que le someten nuestros alumnos, sus familias, la Administración, nuestros propios centros, las personas que en ellos tienen importantes responsabilidades. Es una suerte para la Compañía de Jesús contar con estas personas; es una suerte para ella tener medios a su disposición para cuidarlas mediante la formación y actualización permanentes. También, poder incorporar a sus centros a otras personas que puedan llegar a poseer estos rasgos distintivos. A todas ellas, así como a sus docentes e investigadores, podrá ofrecerles día tras día diversas claves ignacianas para realizar profesionalmente su trabajo. Siempre, eso sí, desde la convicción –recuérdese el primer preámbulo que abría estas páginas– que los docentes, investigadores y gestores de los centros de UNIJES no somos omnipotentes, infinitos, absurdamente perfectos, sino frágiles, maniáticos a veces con nuestras resistencias y capacidades.